

PROCESO DE SANTIDAD. PRIMER ESQUEMA

(La dimensión del alma)

Esta obra tiene mucho de filosofía y nos manifiesta el intenso deseo de trascenderse. Con este tinte filosófico sigue un esquema neoplatónico, describiendo el ascenso hasta Dios en siete etapas. En este esquema de camino espiritual, de progreso y de itinerario hacia la perfección, Agustín lo describe como la actividad del alma que se desarrolla a través de siete peldaños, como se hacía en la tradición filosófica. El alma desarrolla su actividad de animación del cuerpo, pero también, a través de los sentidos, puede sentir y moverse, además de desarrollar su actividad racional (organiza la sociedad, desarrolla las ciencias y las artes). Al tomar conciencia de la propia dignidad inicia la actividad moral; en este momento lucha contra los vicios y conquista las virtudes. Ahora el alma, preparada con todas las actividades anteriores, se dirige a Dios e intenta verlo, intenta ingresar en Dios, cosa que consigue en el siguiente paso, es decir, llegando a la cisión intelectual de Dios. Podemos observar que todo este camino diseña la vida del alma y su actividad como filósofo, bien centrado sobre las ideas de cuerpo, alma y Dios o sobre la idea de belleza: “Es tan grande el placer contemplando la verdad, sea cualquiera el aspecto bajo el cual la puede contemplar uno; es tanta la pureza, la sinceridad, tan inmutable su fe, que jamás creerá haber sabido algo en otro tiempo, cuando le parecía tener ciencia. Y para que no sea prohibido al alma toda unirse por completo a toda la verdad, llega a desear, como supremo beneficio, la muerte, que antes temía, es decir, la fuga y la evasión completa de este cuerpo” (La dimensión del alma 33, 76).

Pero aun cuando este esquema podemos identificarlo, viendo su origen, sin embargo, el contenido es netamente religioso y cristiano y no filosófico. De hecho, Agustín va poniendo nombre a cada uno de los peldaños: “Buscamos el poder del alma, y puede suceder que realice todos estos actos simultáneamente, aunque parezca que sólo hace aquello que obra con dificultad o con temor; en efecto hace esto poniendo mucha más atención en ello que en lo restante. Así que, gradualmente, yendo hacia arriba, el primer grado, por razones pedagógicas, se llama animación; el segundo, sensación; el tercero, arte; el cuarto, virtud; el quinto, tranquilidad; el sexto, introducción; el séptimo, contemplación. Pueden ser denominados también de este modo: el cuerpo, por medio del cuerpo, en torno al cuerpo, para sí misma, en sí misma, hacia Dios, ante de Dios. También se puede así: con belleza de otro, con belleza a través de otro, con belleza en torno a otro, con belleza hacia lo bello, con belleza en lo bello, con belleza hacia la belleza; con belleza ante la belleza” (La dimensión del alma 33, 79).

El primero es animación y Agustín explica lo que entiende por animar como un vivificar, dar vida: “En primer lugar, ella (fácilmente lo observa cualquiera) vivifica con su presencia este cuerpo terreno y mortal; lo unifica y lo mantiene uno y no le deja disgregarse ni consumirse; hace que los alimentos sean distribuidos uniformemente por los miembros, dando a cada uno lo suyo; conserva su armonía y proporción, no sólo en cuanto a la hermosura, sino también en su crecimiento y reproducción. Mas estas cosas pueden considerarse comunes al hombre y a las plantas; ya que también decimos que éstas viven, vemos y confesamos que cada una de ellas se conserva, se nutre, crece y se reproduce en su propia especie” (La dimensión del alma 33, 70).

El segundo es nombrado como sensación, es decir, entramos ya en el mundo sensorial, como segundo paso. Aquí ya tenemos vida. Tenemos vida, tenemos sensaciones, que es tanto como decir que es un nivel distinto y distante del anterior, siendo un paso adelante. Los sentidos pasan información al alma y ella, con estas noticias recibidas de las cualidades de las cosas, comienza a trabajar: “Ahora, según había propuesto, mira a ver cuál es el poder del alma en los sentidos y en el mismo movimiento, por el que es más claramente animal; bajo estos dos aspectos nada podemos tener de común con los que fijan sus raíces en el suelo. Se concentra el alma en el tacto y por él siente y distingue lo caliente, lo frío, lo áspero, lo suave, lo duro, lo blando, lo ligero, lo pesado. Además, gustando, oliendo, oyendo y viendo, distingue innumerables diferencias de sabores, de olores, de sonidos y de formas. Y en todas estas cosas admite y apetece las que convienen a la naturaleza de su cuerpo y rechaza y huye las contrarias. Se retira de estos sentidos por cierto intervalo de tiempo, reparando sus actividades como con ciertas vacaciones, en tropel y repetidamente da vueltas consigo misma las imágenes de las cosas, que ha adquirido por medio de ellos” (La dimensión del alma 33, 71). En este campo, animales y hombres siguen el mismo ritmo, necesitaremos subir más arriba y encontrar el camino que lleva al hombre a ascender a la santidad, que solo será posible elevándose a Dios.

El tercer peldaño es el arte. En este nivel afloran todas las actividades que nacen del ingenio y de la inteligencia, ciencias y artes: “Elévate, pues, al tercer grado, que es ya propio del hombre, y piensa en la memoria de innumerables cosas grabadas no por la repetición, sino adquiridas y retenidas por la observación y por imágenes; en tantas variedades de artifices; en el cultivo de los campos; en la construcción de ciudades; en las maravillas de variados edificios y monumentos; en la invención de tantos signos en las letras, palabras, gestos; en cualquier sonido, en pintura y escultura; en tantas lenguas de diversas gentes; en tantas instituciones; en tantas cosas nuevas y en tantas restauradas; en tan gran número de libros y de cualesquiera monumentos para conservar el recuerdo y tan grande preocupación por la posteridad; en las clases de edificios, poderes, honores y dignidades, sea en las familias, sea en el Estado, ora en tiempo de paz, ora en tiempo de guerra; sea en las ceremonias profanas o en las sagradas; en la potencia de razonar y de imaginar; en los ríos de elocuencia; en la variedad de poesías; en mil invenciones por causa del juego y de la diversión; en la práctica de la música; en la exactitud de la medida; en la ciencia del cálculo; en la conjetura de lo pasado y de lo futuro por medio de lo presente. Grandes son estas cosas y perfectamente adecuadas al hombre; pero todavía son comunes a doctos e indoctos, a buenos y a malos” (La dimensión del alma 33, 72).

Cuando Agustín quiere expresar la grandeza del conocimiento humano, se fija en sus realizaciones, para ser dueño de la realidad, para la fabricación de instrumentos ingeniosos, para realizar obras de arte, para utilizar signos que expresen los pensamientos: “Es Él quien ha dado la mente al alma humana, aunque en el infante la razón y la inteligencia se encuentren como adormecidas, como si no existieran, y han de ser excitadas y ejercitadas con el desarrollo de la edad para llegar a hacerse capaces de la ciencia y de la doctrina, y hábiles para percibir la verdad y el amor del bien. Con esa capacidad ya puede el hombre gustar la sabiduría y adornarse con las virtudes. Con ellas, con la prudencia, la fortaleza, la justicia y la templanza luchará contra los errores y restantes vicios innatos, y los superará, no llevado del deseo de cosa alguna, sino del sumo e inmutable bien. Y aunque no llegue a conseguirlo, ¿quién puede explicar cabalmente, ni siquiera pensarlo, qué bien tan grande, qué obra admirable del Omnipotente en esa misma capacidad de tales bienes otorgada por obra divina a la naturaleza racional?

Además del arte del bien vivir y de llegar a la felicidad inmortal, arte que llamamos virtud, y que se da solamente por la gracia de Dios, que está en Cristo, a los hijos de la promesa y del reino, ¿no es obra del ingenio humano el descubrimiento y ejercicio de tantas y tan excelentes artes, en parte necesarias y en parte por placer? ¿Y no da testimonio esa excelente pujanza de la mente y de la razón, aun en estas cosas superfluas y hasta peligrosas y supersticiosas que apetece, no da testimonio del inmenso tesoro que encierra su naturaleza, de que pudo descubrir, aprender o practicar tales artes? Ahí tenemos las obras maravillosas y estupendas a que ha llegado la industria humana en la confección de vestidos y en la construcción; las metas alcanzadas en la agricultura y en la navegación; la perfección que ha imaginado y logrado en la fabricación de ciertos vasos y en la variedad de estatuas y pinturas; las realizaciones que ha llevado a las tablas, tan admirables para los espectadores como increíbles de ser conseguidas y exhibidas para los oyentes; los formidables recursos descubiertos en la caza, muerte y doma de las bestias salvajes; cuántas clases de venenos, de armas y máquinas contra los mismos hombres, y cuántos medicamentos y recursos ha inventado también para la defensa y reparación de la vida corporal; cuántos condimentos y excitantes del placer y la gula; qué multitud y variedad de signos para manifestar e inculcar las ideas, en las que desempeñan un papel tan principal la palabra y la escritura; qué recursos del lenguaje, qué abundancia de ritmos diversos para deleitar los espíritus; qué cantidad de instrumentos musicales, qué variedad en el canto para recreo del oído; con qué sagacidad ha adquirido una inmensa pericia de las dimensiones y de los números, del giro y orden de las estrellas. ¿Quién podría, finalmente, expresar el vasto conocimiento con que se ha enriquecido sobre las cosas mundanas, en especial si queremos recorrer cada sector en particular, no considerando todo en montón? Y ya, para terminar, ¿quién será capaz de apreciar con qué grandeza brilló el ingenio de herejes y filósofos en la defensa de sus errores y falsedades?” (La ciudad de Dios 22, 24, 3).

El cuarto peldaño es la virtud y es aquí donde, en verdad, comienza el proceso de santificación. Aquí se opta por los bienes y valores que permaneces, por tanto, se deja de lado todos los otros bienes, por valiosos que sean. Es decir, se renuncia a los otros valores y bienes y se entra en un camino de perfección, pero con vistas a conseguir un objetivo. Ciertamente todavía se tienen intereses, pero ya se ha percatado que tiene potencialidades y se puede adherir a Dios: “Así que prepárate y salta al cuarto grado, en el cual empieza la bondad y toda verdadera alabanza. Es aquí donde el alma se atreve a anteponerse, no sólo a su cuerpo, si él juega un papel importante en el universo, sino también al mismo universo, y a no considerar los bienes de éste como suyos, y, comparados esos bienes con su poder y hermosura, a diferenciarlos y despreciarlos. Cuanto más se deleita en sus bienes, tanto más se abstrae de lo inmundo, se purifica toda y se vuelve mundísima y perfecta, se fortifica contra todas las cosas que intentan separarla de su pensamiento y propósito; aprecia en mucho la compañía humana y no quiere para otro lo que no quiere para sí; obedece a la autoridad y a los preceptos de los sabios y cree que Dios le habla por medio de ellos. En esta preclara actividad del alma hay aún trabajo y grande lucha contra las adversidades y halagos de este mundo. En el mismo trabajo de purificación existe el miedo de la muerte, a veces no grande, pero otras vehementísimo; no grande cuando cree firmemente (que el ver si es verdadero esto, no está permitido sino al alma del todo purgada) que todas las cosas están gobernadas por la gran providencia y justicia de Dios y no hay muerte que sobrevenga injustamente, aunque, tal vez, la cause un malvado” (La dimensión del alma 33, 73). ¿Podemos hablar aquí de vía purgativa, de purificación del alma en su camino hacia Dios? Posiblemente no sea el lenguaje más acorde, pero lo podemos hacer, siempre y cuando reconozcamos las limitaciones de esta terminología.

Es evidente que para seguir en este camino se necesita la ayuda de Dios, se necesita su gracia y su fuerza y así nos lo recuerda Agustín: “Además, cuanto más y más conoce el alma, en ese mismo progreso, la diferencia que hay entre el alma pura y la impura, tanto más teme que Dios la pueda soportar manchada, menos que se soporta ella misma, una vez abandonado el cuerpo. Pero nada más difícil que temer la muerte y abstenerse, como lo exigen los mismos peligros, de las asechanzas de este mundo. Es tan grande, sin embargo, el alma, que aun esto lo puede ciertamente con la justicia protectora de Dios, sumo y verdadero, con la que conserva y gobierna el mundo; con la que hace también que no sólo existan las cosas, sino que existan de tal forma que no pueda haber, en absoluto, nada mejor. A Dios se encomienda piísimamente y confiadamente para que la ayude y la perfeccione en el tan difícil trabajo de su purificación” (La dimensión del alma 33, 73). Es muy interesante percatarnos de cómo Agustín no quiere ya hacer la trayectoria con sus propias fuerzas, sino que se encomienda a la instrucción y la ayuda de Dios. Parece decirnos que lo más inteligente es ponerse en las manos de Dios y confiar en Él.

Estamos ya en el quinto peldaño, en la tranquilidad, es el momento del autoconocimiento. El alma se ve con los ojos de la inteligencia, recogiendo, reconcentrando todas las capacidades y así poder ver su grandeza, su dimensión, sus posibilidades. Aquí se reactualiza, el “conóceme, conózcate” de Soliloquios 2, 1. Se trata de tomar conciencia de sí mismo y experimentar que no puede pararse, que tiene la imperiosa necesidad de dirigirse hacia Dios, porque solo allí puede contemplar la verdad y gustarla: “En este grado llega a captar su grandeza en todas sus facetas; es entonces realmente cuando tiende hacia Dios con una inmensa e increíble confianza, es decir, tiende a la contemplación misma de la verdad y a aquel altísimo y misterioso premio por el que tanto ha trabajado” (La dimensión del alma 33, 74). En este peldaño se podría hablar de que el que se conoce auténticamente, de inmediato se dirige a Dios, porque experimenta sus deficiencias y sus profundas necesidades.

El sexto peldaño es el ingreso, el introducirse en, es como el complemento necesario del peldaño anterior. A pesar de ser ingreso se habla de conocimiento, de contemplación de la verdad, de descubrimiento de otras realidades que nos atraen y nos entusiasman, algo así como si en este grado se superase todo lo anterior y se comprendiese que no puede haber una visión intelectual más lata que esta contemplación: “Pero esta acción, es decir, el deseo de entender las verdades supremas, es la más alta visión del alma y nada tiene más perfecto, mejor y más recto. Este es, pues, el sexto grado de su acción. Una cosa es purificar el ojo del alma para que no mire inútil y temerariamente y vea mal; otra guardar y robustecer esta misma salud, y otra dirigir ya la mirada serena y derecha a lo que se ha de ver. Los que tal quieren hacer antes de que estén limpios y sanos, de tal manera son ofuscados por aquella luz de verdad, que no sólo creen que no existe en ella nada de bien, sino que tiene muchos males, y la niegan el nombre de verdad; maldicen a la medicina y se refugian, con cierta pasión y lamentable placer, en las tinieblas, que su enfermedad les permite” (La dimensión del alma 33, 75). Tenemos que comprender que para la santidad no hay atajos, que no se llega allí por la vía rápida, que el resplandor de la verdad, de estas realidades, puede cegar nuestros ojos imprudentes y no preparados. Esta luz cegadora necesita ojos especiales, ojos trabajados, los ojos de Dios, o mejor, los ojos que Dios ha ido trabajando para que puedan ver sin ser dañados, porque han sido purificados de toda imperfección. Tenemos que ser conscientes que la contemplación de los misterios de Dios, es equivalente a la contemplación de Dios, porque sus misterios y Dios, son la misma cosa. Situados aquí, podremos comprender que Agustín ha superado con creces el esquema plotiniano y está pensando en ser un espíritu

recto bíblico como condición para no separarse de la búsqueda de la verdad y de Dios. Lo cierto es que el alma ha de estar curada del todo, purificada del todo, para no ahuyentarse de la luz de la verdad y de Dios. Dios nos concede el espíritu recto y, por tanto, nos da el poder contemplarle: “Por lo que dice el profeta por inspiración divina y muy rectamente: *Crea en mí, ¡oh Dios!, un corazón puro y renueva mis entrañas con espíritu firme*. Creo que *espíritu firme* es el que hace que el alma no pueda desviarse y errar en la búsqueda de la verdad. El cual no se renueva, ciertamente, en ella si antes no tuviere el corazón puro, es decir, si antes el mismo pensamiento no se aparta y limpia de toda pasión y del fango de las cosas caducas” (La dimensión del alma 33, 75).

Después de recorrer estos seis grados del itinerario hacia Dios, se desemboca en la visión, en la contemplación de la Verdad. Ahora ya no es un peldaño más, sino un estado, es serenidad plena, no esfuerzo, es alegría indecible. Allí, mejor, en ese estado porque no es lugar, se contempla a Dios y todos los misterios de la fe: “En la misma visión y contemplación de la verdad, que constituye el séptimo y último grado del alma (no es ya grado, sino cierta mansión adonde se llega a través de los grados), ¿cómo expondré yo las alegrías, el goce del supremo y verdadero bien, la inspiración de su serenidad y eternidad que allí habrá? Grandes e incomparables almas hablaron de estas cosas cuanto creyeron conveniente, y creemos que también las vieron y las ven. Claramente me atrevo a decirte ahora esto. Nosotros, si observamos constantemente el camino que Dios nos manda y que tomamos para seguirle, hemos de llegar por la Virtud y Sabiduría de Dios, a aquella suprema causa, o al supremo autor, o al supremo principio de todas las cosas, o llámese como se quiera con más propiedad a cosa tan grande” (La dimensión del alma 33, 76). Este momento es de plenitud, ya no hay más que alcanzar, ahí está todo, todo. Pero no es haber pasado a otro mundo, sino estar en este con el alma del otro. No es lo que será, sino lo que es, aunque esto a Agustín le dio miedo y como que intentó trasladarlo a después de la muerte, pero es curioso que nunca en las Retracciones se refiere a este texto: “Es tan grande el placer contemplando la verdad, sea cualquiera el aspecto bajo el cual la puede contemplar uno; es tanta la pureza, la sinceridad, tan inmutable su fe, que jamás creará haber sabido algo en otro tiempo, cuando le parecía tener ciencia. Y para que no sea prohibido al alma toda unirse por completo a toda la verdad, llega a desear, como supremo beneficio, la muerte, que antes temía, es decir, la fuga y la evasión completa de este cuerpo” (La dimensión del alma 33, 76).

La verdadera religión comienza recibiendo la ayuda de Dios para ponernos en camino hacia Dios. Es así como nos reunimos con el Dios verdadero. Agustín nos hace una síntesis del camino y de la ascensión y reconoce que no todos llevan el mismo rimo, sino que el camino es personal: “Mas es de pocos ver estas cosas como deben ser vistas; ni nadie se hace capaz de verlo si no es con actitud auténticamente religiosa. En efecto, la verdadera religión es la virtud que religa al alma reconciliándola con el Dios único; ese Dios de quien se había como arrancado por el pecado. Une al alma en aquel tercer acto y comienza a guiarla; en el cuarto la purifica, en el quinto la reforma, en el sexto la introduce, en el séptimo la alimenta. Y esto a unas sucede más pronto, a otras, más tarde, según el amor y los méritos que tiene cada una. Todo lo hace Dios, sin embargo, justísima, moderada y hermosísimamente, sea cualquiera el modo como se porten las almas sobre las cuales obra” (La dimensión del alma 36, 80). Este itinerario descrito siempre nos parece que insiste más en los recursos humanos que en los religiosos, de hecho, parece que la Palabra de Dios está prácticamente ausente, por eso podemos tener la sensación que este itinerario está incompleto, que necesita una dosis más grande de Escritura y de espiritualidad, y es verdad que en otros lugares Agustín insiste en otros aspectos.